

Walter Luis Katz

CARTAS QUE NO ENVIE



Walter Luis Katz
Cartas que no envié
64 pag. 23x15 cm.
Impreso en Lulu
Nueva York, 2008
Editor: Walter Luis Katz
ISBN 978-965-7465-11-0
Es propiedad del autor

CARTAS QUE NO ENVIE

Durante los inviernos, en las horas de ocio solía sentarme frente al fuego y oír el crepitar de los leños encendidos; acariciado por el calor confortante escuchaba música a bajo volumen y leía o escribía. Por lo general, mis escritos eran cartas que, salvo raras excepciones, quedaban en la gaveta de mi mesa de trabajo. Transcurrido algún tiempo, las rescataba del encierro temporal y las trasladaba al lugar a que las había condenado: al olvido.

Hace un tiempo estuve limpiando y ordenando mi abandonado depósito, y sistemáticamente clasifiqué las cajas y atados.

Sobre una mesa coloqué lo que iba a ser guardado nuevamente, ocupando un lugar preferencial en los estantes que estaban al alcance de mis manos. Dentro de varias cajas puse lo que merecía una revisión, y arrojé al piso lo que destinaba para el tacho de basura o para la incineración.

Cuando era niño disfrutaba jugando con fuego, aunque no en la acepción metafórica usada por la gente. Recuerdo las fogatas que encendíamos con otros chicos, y el ritual salvaje de saltar por sobre las llamas. El ruido de los listones ardiendo y las llamas de color rojizo mezclado con azul y amarillo daban al espectáculo emoción y cierto misterio. En cierta oportunidad, un chico quiso conocer la forma de las llamas, y las miró

en el momento que saltaba; el resultado no fue muy agradable; sus cejas se chamuscaron, y al frotarlas con las palmas de las manos, cayeron como hojas de otoño. Durante unos días usó anteojos oscuros para ocultar su apariencia, mas pronto se acostumbró a verse así; devolvió los lentes a su lugar y se mostró en su nueva personalidad. La verdad es que la gente no se dio cuenta de la falta de cejas que tanto lo preocupaba.

Entre las cosas que yo tenía para ser quemadas, resaltaban unos cuantos atados de cartas. En ese momento no las recordaba; sin darles gran importancia, las moví de su lugar y las coloqué entre lo que quería revisar y recuperar.

Al día siguiente tiré lo que supuse que no sería de importancia para los curiosos; el resto lo llevé al fondo del patio, lo puse dentro de un viejo tambor de chapa, y lo quemé; disfruté mirando el fuego y el humo, y escuchando el chisporroteo. Lo que había destinado para ser revisado quedó en otro costado del estante, olvidado por otro tiempo.

Un hecho casual dio vuelta a toda la trama. No es mi costumbre mirarme en el espejo, pero eso sucedió cierta mañana. Mientras me rasuraba la barba, descubrí en mi cara manchas, arrugas, los párpados caídos y la mirada rígida; probé sonreír pero la tirantez no me permitía hacerlo. Comprendí que los años habían hecho lo suyo en mi cuerpo, pero no sólo en él; la planeada revi-

Cartas que no envié

sión debía hacerla en mí mismo. La tirantez no era solamente física; las miradas retrospectivas no me conducían a ninguna conclusión. Debía tomar mi vida con seriedad.

Meses más tarde al entrar al depósito a buscar algo sin importancia, vi las cartas observándome; las miré y me sentí atraído por ellas. Comprobé que en los sobres estaban escritos con mi letra los nombres de los destinatarios; en algunos faltaba la dirección. Eso indicaba que esas cartas escritas por mí nunca fueron enviadas.

No entendí mi proceder; tal vez las escribí con la intención de que tuvieran valor literario o simplemente epistolar, con la simple finalidad de descargar emociones de ese momento. Leyéndolas quizás podría recordar y devolver a mi memoria las historias y personajes consignados en lo escrito.

Llevé las cartas a mi cuarto de trabajo y me senté al calor de la estufa. Esta vez no era el nostálgico y romántico hogar, sino un aparato con unidades halógenas que daban calor virtual, que desaparecía en el momento en que el calefactor era separado de la corriente eléctrica. Pero a mi alcance no estaba realizar algún cambio; el progreso y la realidad ya lo habían hecho. Incluso el romanticismo de aquellos años ya no existía, y para colmo, sobre la mesa estaban esparcidas decenas de cartas que a simple vista no me decían nada.

Walter Luis Katz

Abrí la primera; estaba escrita para un amigo de la infancia; el papel estaba amarillento y quebradizo.

*

"Querido Víctor: tu decisión de volver al país para cumplir con tus obligaciones cívicas fue digna de ser reconocida. Durante el servicio militar estuviste solo, a miles de kilómetros de tu familia, en un ambiente del que te habías desacostumbrado; tu relativo olvido del idioma y la presencia en un ambiente hostil por parte de los demás soldados, seguramente dificultaron tu prestación. Pero eso ya corresponde al tiempo pasado; seguramente después de la baja regresaste a tus padres, y hoy tienes tu propio hogar.

Solamente siento que no nos hayamos reunido para compartir vivencias, traer recuerdos de nuestra niñez, y nuestras conversaciones de adolescentes, y despedirnos después de haber actualizado nuestras relaciones.

¿Recuerdas a Ederla, esa chica de quinto grado que dejó la escuela antes de que finalizaran las clases, porque su padre, empleado del ferrocarril, fue trasladado a otra zona? Nosotros dos organizamos una fiesta en el aula para despedirla. Estaba tan emocionada que no tenía palabras para agradecer. Nunca tuvimos noticias de ella, y espero que haya tenido éxito en la vida; era muy aplicada.

Tengo curiosidad por saber qué hiciste con Flicka, la

Cartas que no envié

potranquita tan bonita que tenías. Cuando me contaste que el nombre lo tomaste de un cuento que leíste en la revista Selecciones, lo busqué y lo encontré, pero no recuerdo si estaba en un libro, o lo leí en esa publicación. En el mismo potrero pusieron a pastar a otro caballito; se veía muy manso, por lo tanto traté de montarlo, pero el sinvergüenza me hizo un chiste: dio un par de corcoveos y me mandó a oler el pasto.

Durante mi adolescencia tuve muchas aventuras con caballitos; cuando crecí, la falta de entrenamiento anquilosó mis músculos, mis caderas perdieron la flexibilidad requerida, y en un gesto acertado opté por dejar ese deporte.

Quisiera saber que has hecho durante esos años, y cuales son tus proyectos.

Puedes contestarme al domicilio de siempre pues sigo viviendo en el pueblo; sigue siendo bonito y se está extendiendo hacia las cuatro direcciones. Suena un poco demagógico; antes de tener el derecho de ser ciudad, fue declarado como tal "por voluntad popular". Hasta siempre."

*

Emociones escondidas en mi interior despertaron al leer mi carta; yo era muy joven cuando la escribí. Con el pasar del tiempo desarrollé sentimientos de nostalgia y crecí en muchos sentidos, especialmente en intelecto y

emociones. Es sabido que las condiciones necesarias para ello es crecer y vivir, y yo lo hice.

Tomé la segunda carta. En ese momento no recordé por qué me comunicué con ese señor, si no había ninguna relación entre nosotros; tampoco tenía sentimientos de simpatía hacia él. Curioso, abrí el sobre y leí.

*

"Señor: transcurrido un tiempo después del desagradable incidente en su oficina, quiero expresar lo que no dije en ese momento.

La polémica entre usted y sus contadores fue estridente e hiriente, y se realizó con una sola voz: la suya. Yo creo que sólo en un cuento fantástico se puede concebir algo así.

Nunca pensé que un simple asiento de contabilidad podía exasperarlo de esa manera; usted estaba enfurecido por la anotación directa que hizo uno de sus contadores, Dr. en Ciencias Económicas señor R. que prefirió la claridad, frente a su estilo divagante que hace suponer la existencia de muchas intenciones.

Me molestó su interés por saber si yo conocía esa anotación contable. La forma de preguntar destacaba intención capciosa que yo no tenía deseos de contestar.

Cartas que no envié

Tuvo razón usted al llamarme insolente, pues lo fui al decirle que por una palabra incierta suya iba a escuchar de mí otra "cierta".

Su derecho es legítimo al considerarse ofendido, argumentando una oculta intención de mi parte de llamarlo embustero. Reciba mis excusas.

Permítame expresarle que en sus actitudes hay aspectos que no me agradan. Uno de ellos es el interés de que yo haga reconciliaciones (*) a ciertas conciliaciones (*) efectuadas por otros de sus contadores, en su propósito no escondido de descubrir un mal trabajo. Tras de ello hay algo más: utilizarme para investigar ciertas cuentas bancarias y de dinero en efectivo, y que ya se había hecho varias veces anteriormente.

Oí decir que en su contabilidad tiene libros dobles, es decir, uno con información real y otro destinado para la Dirección General Impositiva y otras instituciones; eso no me parece cómodo ni real. Puedo desmentirlo. Pero me impactó el descubrimiento de otros artilugios, como agregar a las planillas de jornales de sus obreros en forma totalmente extra contable, una hoja con deducciones prohibidas por la ley, que afectan directamente a esa pobre gente, por que reduce sus ingresos. Con ese dinero podrían comprar un poco más de pan. Con claridad entiendo que usted lo hace más por satisfacción profesional que por interés económico.

Walter Luis Katz

Mi reacción durante la situación creada con sus contadores pudo ser la de cualquiera; preferí retirarme y no continuar trabajando dentro de un sistema de terror y engaño.

Ahora estoy tranquilo; no tengo interés en el sueldo que no cobré, importe no significativo para usted y para mí.

Atentamente."

(*) Controles contables realizados para descubrir errores.

*

Mientras leía la carta recordaba esos momentos. El señor agredido tenía cara de pobrecito, estaba estupefacto, y su desconocimiento del idioma le impedía expresarse con palabras. Seguramente nunca pasó por un trance semejante. Al escucharme hablar abrió los ojos escondidos detrás de sus lentes y sólo pudo decir – ¡Madona! – pocos de los presentes están hoy con vida, y quisiera encontrarme con alguno de ellos para reírnos juntos.

*

El sobre que me atrajo esta vez era muy viejo y simple; mi caligrafía era casi infantil. Sonreí. No recordaba haberme carteadado con él en esa época - Con mirar nada se pierde - me dije, y saqué la carta.

Cartas que no envié

"Querido hermano: espero que estés acomodado en tu pensión y estudiando en la universidad. Como sabés, ya van casi cuatro meses que estoy en el ejército. No me va mal; lo importante es que hago poca instrucción porque me necesitan en la oficina del jefe de la unidad. Durante los primeros meses nos sacaron la bosta, a veces sin necesidad, sólo para la diversión de algunos suboficiales.

Te escribo desde nuestra casa, no conviene que ellos se enteren de mi forma de pensar y de las cosas que te cuento. Entonces, voy derecho al tema.

Pasados los primeros días de adaptación y después que los soldados de la clase anterior se fueron, comenzamos a trabajar en los diversos servicios, hacer instrucción y guardias. Yo fui uno de los pocos privilegiados que tomaron para el trabajo; con eso me ahorraron muchas corridas.

Te cuento un pequeño incidente no simpático. El oficial jefe de la compañía organizó una biblioteca para los soldados y para ello pidió donación de libros. Yo, con espíritu constructivo doné lo mejor que tenía en mi colección particular, nada menos que las Obras Completas de Almafuerte. Estando yo presente, el tenientito le dijo a otro – este libro me lo llevo, porque los soldados se me van a rebelar – y lo guardó en su amplio bolsillo. Yo perdí mi mejor libro y también los soldados.

Al estar ocupado durante el día, me toman a veces para "reforzar la guardia", que es lo mismo que hacer ese trabajo en un día completo. Los otros soldados terminan temprano, y la guardia nocturna la hace quien ha hecho su trabajo durante el día. Ese servicio es desde las ocho de la noche hasta las seis de la mañana; dos plantones de cuatro horas y dos horas de descanso.

La primera vez llegamos al cuarto de guardia; el cabo de cuarto estaba esperando para que releváramos a los que estuvieron todo el día. En el cuartito había una mesa, una sola silla y claro, el equipo de mate.

El cabo de cuarto era un sargento muy bueno y simpático. Nos recibió amablemente y nos dijo – pueden tomar asiento – buscamos sillas con la vista y nos sentamos sobre el piso, apoyados en la pared – los que fuman, que fumen; los que no, que escupan, pero bajito – y siguió fumando y tomando mate.

Para hacer la primera guardia me condujeron a oscuras hacia los establos y me dejaron a cargo de dos caballos. Me metí en un rincón y me senté sobre la paja; a medio metro estaban parados los matungos, y aunque tenía miedo de que me pisaran me dormí; varias veces me despertaron dando patadas en el suelo. Por fin llegó el relevo.

Volví solo; como estaba oscuro y no conocía el camino me extravié; casi me caigo a una acequia y a duras pe-

nas volví a la guardia. Me dieron un mate cocido bien caliente y dulce, y sentado contra la pared me dormí. En las próximas cuatro horas tuve que dar vueltas por el cuartel, mirando si alguien trataba de entrar por el alambrado.

Interesante fue la próxima vez, porque descubrí mis cualidades de equilibrista. Me dieron una carabina vieja sin balas y me mandaron a cuidar el portón, que en realidad es una simple tranquera. Mi misión era evitar de que "no" entrara el enemigo, así lo dijo el cabo, y especialmente, si llegaba el "jefe de día", oficial de alta jerarquía que recorre las unidades controlando las guardias, yo debía gritar fuerte "Parte para el cabo e' cuarto", para despertarlo y que viniera a recibir al visitante.

La garita del centinela era tan pequeña que sólo una persona delgada podía entrar. Introduje la mitad de mi cuerpo, apoyé la culata de la carabina en el suelo, y dormí parado un buen rato. Puedo decirte que el famoso jefe no vino; seguramente siguió calentito bajo las frazadas.

En la próxima, si me hubieran descubierto, hubiera sido juzgado por un tribunal marcial. En nuestra cuadra duermen unos ochenta soldados; durante el sueño hay turnos de "imaginarias" para cuidarlos durante las noches. No hay mucho para hacer en esas horas, y para matar el aburrimiento algunos hacen diabluras. Por las

mañanas se ven distintos cuadros; alguno buscando un borceguí, y otro desatando nudos en cordones o en mangas de camisa. Los pobres no saben qué hacer, porque tienen tres minutos para vestirse y pararse al pie de la cama. Yo, con nudos o sin nudos, no consigo vestirme en tres minutos.

En mi imaginaria no hice esas cosas porque ya no son originales; pensé en algo mejor. En mi armario había un frasquito con gotas para la nariz que no usaba por ser demasiado fuertes. Caminando por la extensa cuadra, vi a uno durmiendo con la boca hacia arriba; traje el frasco, llené un gotero y con rapidez lo vacié dentro de su nariz. Se sintió molesto y comenzó a moverse y a frotarse, pero no despertó; luego tiré las gotas a la basura y di por terminado mi servicio nocturno.

Eso es todo por hoy. Espero que los rumores de que van a mandar soldados a Korea no sea cierto. De todas maneras a mi no me necesitan.

Un gran abrazo hermano, hasta la próxima.

P.D. Después le pido al viejo que el lunes despache la carta."

*

Tomé del atado más nuevo una carta que escribí durante uno de mis viajes; en esa oportunidad la había puesto en la valija y me olvidé de ella. Al llegar a casa

Cartas que no envié

me enteré que el destinatario había fallecido en un accidente de tránsito. Fui a dar mis condolencias a la viuda; llevaba la carta en un bolsillo para dársela, pero la vi tan derrumbada que no tuve coraje. La carta no llegó al correo ni a su destinatario; sólo a la caja, y quedó con otros sobres con olor a viejo.

*

"Hola Sebastián: vos sabés que soy malo para contestar cartas, pero como te prometí, te cuento algunas cosas destacadas de mi paseo. Estaba disfrutando en Europa y un compañero casual me propuso visitar la antigua Yugoslavia, hoy dividida en pequeñas repúblicas que pelean entre ellas por límites, diferencias raciales, religiosas y políticas. Guerras crueles se desarrollaron, y todo el tiempo se renuevan.

Croacia es una república adelantada, mezcla de modernismo y tradición, con paisajes asombrosos. Te voy a contar algo que vimos y el guía del paseo nos tradujo. Paramos en una aldea para comer, y encontramos el bodegón ocupado; dentro de él se realizaba el casamiento de dos jóvenes del lugar.

Estaban todos los pobladores vestidos con ropas típicas, que seguramente las reservan para esos acontecimientos. Si mirás películas de festivales folclóricos internacionales los vas a encontrar. De todos modos llevo fotos. Los hombres tenían medias sobre los pantalones, usadas como polainas; vestían camisas y cha-

lecos, y pañuelos atados al cuello. Las mujeres lucían faldas amplias y sobre ellas delantales bordados. Así había imaginado a los aldeanos de esos lugares, y no me equivoqué.

La comida y el vino se encontraban en cantidades sobre las mesas largas; comían, bebían, cantaban y bailaban. De vez en cuando se paraba alguien, grande o chico, y decía unas palabras o cantaba en honor de los novios. Hubo buenos cantores y algunos terriblemente malos; a los últimos los sacaban volando y continuaban festejando.

Nos atendieron como si hubiéramos sido invitados, aunque todo el tiempo estuve nervioso, con temor de que el patrón nos echara.

Al regresar pasamos por países pobres y destrozados. Esas cosas, mejor te las cuento personalmente.

Un abrazo; sigo viajando. Mañana vuelo hacia España, y si te interesa, a las aldeas blancas de Andalucía. Chau; cuidate en la calle."

*

"Hola Eduardo: estoy prácticamente con un pie en el estribo. Hace unos días le escribí a Sebastián, pero no encuentro la carta. Estaba dentro de un sobre del hotel, y si quedó allí, espero que la despachen.

Cartas que no envié

Estos últimos días paseé por la zona costera de Andalucía, provincia de Málaga y los alrededores. Son interesantes los pueblitos con casas pintadas de blanco. El cuidado de ellas es diario y es interesante ver a las amas de casa con un tarrito de pintura blanca y pincel cubriendo las manchas que pudiera haber. Alquilé allí un departamentito; es nada menos que del siglo dieciseis, con vigas en los cielorrasos hechas con troncos de árboles.

En Nerja visité una gruta enorme con estalactitas y como todos, me fotografié; parezco un hombre de las cavernas. Hay mucho para ver, pero te voy a contar algunas aventuras, que siempre vuelven al mismo tema: mi sentido de orientación.

Antes del mediodía alquilé un coche y salí para la aldea blanca; antes entré a Málaga, la conocí a lo largo de sus calles y luego salí a la ruta. ¿Podés creer que nadie conoce los caminos? Di vueltas y vueltas, hasta que alguien me puso en la dirección adecuada. Cuando llegué estaba anocheciendo.

Mi regreso después de una semana de paseos fue más complicado; para llegar al aeropuerto se viaja por la Autovía, que de tanto en tanto tiene desvíos hacia las ciudades y otras rutas; como buen navegante, le erré a una entrada y seguí de largo. El viaje hacia la nada se extendía, el tiempo volaba y el avión se me escapaba. Era de noche, los coches pasaban muy rápido para de-

tenerlos, y yo no encontraba ninguna población. De pronto vi algo que supuse que era mi salvación.

Una señorita con carterita estaba parada al costado de la carretera; cuando paré, vino hacia mí contenta; vio un posible cliente, pero se desengañó cuando le pregunté por la ruta al aeropuerto. En realidad demostró su experiencia sobre las rutas.

Gracias a ella llegué unos minutos antes del vuelo, pero tuve otra sorpresa; en vez de entrar al estacionamiento, salí nuevamente a la ruta; me di cuenta en el momento y regresé; viajando en contramano entré nuevamente. En vez de entregar el auto alquilado, lo dejé en un costado con las llaves puestas. Deben haberlo encontrado porque la policía no me busca. Creo que mis viajes en coche son para escribir una novela.

Chau. Te aviso cuando llego."

*

Al llegar a casa me encontré con la sorpresa que nos preparó Sebastián; dejó a su mujer sola, con dos niños pequeños. Antes de que yo viajara conversamos y quedamos de acuerdo en comenzar algo juntos, pero el destino nos estropeó los planes. De todas formas es mi deber ayudar a Margarita. Esperaré a que pase este duro momento y luego conversaré con ella sobre el proyecto. Creo que será una buena ayuda económica para ella y le servirá también para aliviar un poco su sole-

dad.

Entre las cartas viejas había una que Sebastián me envió unos años antes, poco después de casarse con Margarita; en ella se nota su fino humor. En la escritura encuentro algunos términos de sus pagos, la tierra del sol y el buen vino.

*

"Hola flaco: mi luna de miel la continúo en lugar nuevo y gente nueva, y por qué no, perro nuevo. Al llegar encontré por casualidad una oferta que me cayó como anillo al dedo. En un barrio de pequeños chalets agrupados en un área de pocas hectáreas, rodeado por un buen alambrado, con servicio de guardia nocturna garantizada, compré mi casita. Si las cosas van a ir bien aumentaremos la familia aquí, y a los amigos los conservaremos por correspondencia. No hay problema, porque desde hace muchos años se hacen muchas cosas en esa forma, como por ejemplo aprender corte y confección; bueno, en esa no me anoto.

Estuvimos en la playa unos días, gozando del sol y la arena (en los ojos); como miedoso "que le soy" al agua, sólo me metí en lo "pandito". Cuando viajábamos de regreso encontré en la ruta una cosa marrón con cuatro patas chuecas – ¿"Qué es lo que es eso"? – Pregunté – para mí que es un perro – dijo la Margarita.

Ese "choco" es para mí – dije - ¿Chocolate? – pregun-

tó. Tuve que enseñarle que así se les llama a los perros en Mendoza. Lo adoptamos y adiviné qué nombre le dimos. Sí; le pusimos "Choco". Decirte que nos divierte; es un verdadero actor. Primeramente, nos recibe revolcándose en el suelo en una especie de vueltas carnero, y no para hasta que lo llamamos; luego se para en dos patas pidiendo comida. Parece que en su casa anterior no hablaban, porque no ladra. Pasa horas jugando con los chicos del barrio. Aquí todos los perros andan sueltos sin peligro, porque no salen al camino.

Al comenzar el invierno le pusimos un pulóver de niño para que no sufriera del frío. Se lo veía gracioso con los colorinches. Un día desapareció y creímos que no iba a volver; no volvió. Una semana después un vecino dijo que lo vio enganchado en el alambrado, debajo de unas matas. Resultó un perro con siete vidas, aguantando frío y lluvias; cuando le di de comer comió como un preso.

Hace unos días desapareció otra vez; ya no hay peligro de que se enganche, pero no lo encuentro dentro o fuera de la parte alambrada.

Bueno, seguí bien, que nosotros hacemos lo mismo. En la próxima a lo mejor te cuento una de gatos.

Un abrazo. Sebastián."

*

Cartas que no envié

"Hola hermano: me desperté con nostalgias de mi niñez. Este es un domingo frío en Europa; cuando comienza a nevar, no le mezquina. Compré una pala ancha para que no me tome desprevenido al salir afuera y encontrarme con una buena capa de nieve en la entrada; si es así, ahicito nomás le entro a dar y dejo todo como billar.

Si me vieras con guantes y gorra de lana con pompón, te morirías de risa, pero prefiero eso a los sabañones. El primer año me descuidé y estuve todo el tiempo con las orejas en compota; parecía el elefantito Dumbo, ese de la película.

No sé por qué me acordé de la maestra de canto que tuve en primer grado; era alta y delgada; creo que hoy la consideraría un churro bárbaro. Había una historia triste detrás de su figura; casada y con varios hijos. Durante un viaje en coche, no conozco los detalles, tuvieron un accidente; la única que quedó con vida fue ella. Se necesita fortaleza para seguir adelante, y ella la tuvo.

En las clases de canto se paraba frente al piano y acompañaba cuando nosotros cantábamos, y también ella lo hacía. Creo que ese mismo año se fue de la escuela, pues es lo único que recuerdo; tal vez no hubo otros encuentros.

No me olvido de un festival de boxeo que organizaron

en la cancha de paleta; medio pueblo concurrió. Ya desde las preliminares grité como loco; quedé afónico y no pude alentar a mi favorito de la final.

Me imagino el verano que están pasando. Eso de las estaciones diferentes no me hace gracia, porque cuando viajo a visitarlos al final de una estación, la recibo allá nuevamente. En algunas cosas nos hubiera convenido el mundo plano. Cuidate del sol; salí a la calle con sombrero; no es tan terrible, y ahora está de moda.

Un abrazo."

*

Después de terminar mi servicio militar tuve un momento de confidencias con Eduardo; le confesé que estaba enamorado de Lidia, pero lo veía como un amor sin esperanzas – mirá, ella no presta atención en mí; si las cosas siguen así, nunca se presentará un momento especial para hablar con ella.

Eduardo me hizo una proposición – yo puedo insinuarle que tenés interés en ella y observar cuál es su reacción.

- De ninguna manera – contesté – no me gusta ese sistema; ya encontraré la manera de acercarme para tener una conversación. Sé que es difícil comenzar, pero después las palabras fluyen. Además, nadie puede anticipar las vueltas que da la vida; no tendré que espe-

rar cuarenta años para conquistarla.

No volvimos a hablar del tema. Años más tarde los padres de Lidia se fueron del pueblo, y con ellos los hijos. Yo quedé más solo que nunca pensando en ella.

*

"Hola primo: te escribo desde Caracas en un día de septiembre, estoy en un hotel que en un tiempo simbolizaba la hotelería caraqueña: El Ávila. En la recepción hay un cuadro con la foto de un tucán. Me sentí un poco confundido; el monte que rodea a la ciudad se llama El Ávila y el ave nacional es el turpial ¿por qué el pájaro del cuadro es un tucán? Son bastantes despistados los del hotel.

Ya en la primera salida descubrí que el taximetrista no paraba cuando el semáforo estaba en rojo. Me pregunté ¿Mi estadía se convertirá en una serie de errores y contradicciones? Decidí dejar a los acontecimientos correr, y por los sucesos llegar a la verdad.

Viajando por lugares abiertos vi el imponente monte, desafiante. Escalarlo es una empresa imposible para mí, pero subir en el teleférico me pareció razonable. Pedí al taxista que me llevara a la estación de ese aparato para llegar con él a la cima del gigante verde.

El viaje comenzó; en un ascenso lento nos internamos en la aventura. Árboles centenarios nos observaban en

el trayecto, y en los terraplenes algunos yacían vencidos por el tiempo o las tormentas. Dentro de la pequeña cabina no se alcanzaba a ver la totalidad del grandioso espectáculo, por el efecto que causaban la altura y la lejanía: La presencia de hierros retorcidos diseminados a los costados, partes de un funicular anterior, parecían restos de un accidente ferroviario.

Traté de introducir en mis vivencias breves cuentos y leyendas indígenas, pero éstos volvían a mi conciencia en desorden, sin solución de continuidad. Dejé al azar el buen éxito del paseo.

Al cabo de media hora estábamos en la rampa final, en la que estacionó el vehículo. Salimos hacia el paseo, y un olor a humo y pinos se incorporó a mi respiración. Algunos visitantes corrieron hacia los puestos a comprar refrigerios o unas golosinas; yo continué sobre la amplia avenida para caminantes, observando el paisaje y los puestos de comida y regalos.

El aroma de morcilla asándose me trasladó a momentos anquilosados en mis recuerdos. Mi curiosidad me condujo hasta las parrillas, pero no logré acercarme, pues un grupo de escolares acompañados por sus guías esperaban por sus encargos, todo el stock destinado para la venta de ese día. No pude comprar y, resignado continué caminando.

Una hora más tarde subimos al teleférico nuevamen-

te, para regresar a la ciudad. En la mitad del descenso puse una mano en uno de mis bolsillos y uno de mis acompañantes ocasionales preguntó – ¿qué tienes en el bolsillo, que nosotros no hemos visto? No contesté; me di vuelta y comencé a observar la admirable vista; con disimulo abrí la bolsita, y le di un buen mordisco a mi sándwich de morcilla.

En mi próximo paseo te cuento más. Chau."

*

"Marzo de 1973. Hola: te digo que es un lío encontrar una sucursal de correos, así que guardo las cartas para mandarlas juntas. En Pascuas viajé a Israel; Semana Santa cae por lo general junto con la fiesta de Pesaj; abundan los paseos y yo me anoté a uno a la Galilea, al norte.

Cuando llegamos a Kiriath Shmoná el entorno nos sorprendió en la grandiosidad de los magníficos paisajes, pero ver el alambrado que demarca la frontera con el Líbano y las personas trabajando la tierra en el país vecino nos produjo un sentimiento de temor. En realidad, eran pobladores cristianos, amigables, que vivían en paz con sus vecinos del sur.

En una visita relámpago, conocimos algunos kibutzim, que son colonias agrícolas muy desarrolladas y modernas. Las hay en todo el país; éstas están instaladas a lo largo de la frontera. Se respira tranquilidad; la gue-

rra de los seis días estableció una época de calma en la región.

Nos alojamos en un hotel dentro de un kibutz; después de un día agradable hubo viento fuerte y caliente que llega del desierto, acompañado de arena. Sopló durante toda la noche; a la mañana siguiente al levantarnos, las hermosas rosas que admiramos el día anterior estaban mustias, y las plantas destrozadas.

Regresamos por un camino entre montañas, bajando por la Galilea occidental, y luego ingresamos a un camino de tierra, avanzando lentamente en medio de un monte de frutales. Llegamos a un claro muy bien cuidado; el detalle sobresaliente era un enorme monumento. Lo que vimos quedó en el recuerdo de cada uno; con emoción escuchamos la traducción de lo escrito en la placa de bronce.

Durante la guerra de la independencia, un grupo de colonos se encontraba cercado por fuerzas árabes dentro de Yehiam, fortaleza del tiempo de las cruzadas; la tentativa de liberarlos fracasó. En el lugar donde se encuentra el monumento, al tratar de acercarse, la caravana de rescate fue sorprendida por una emboscada que costó cuarenta y siete vidas. Una herida grande para el país en formación. Al escuchar esa historia lloramos hasta el final de las lágrimas.

Mañana visitaré Jerusalén, la ciudad eterna. Hasta

Cartas que no envié

pronto."

*

Es una lástima que no marqué cada carta para poder elegir y no sacar al tanteo como suelo hacerlo. Espero que salga algo más alegre. No sabía que tenía tantas cartas sin enviar; realmente tengo talento para escribirlas, pero para mandarlas...

*

"Querido Roberto: no tengo con quien conversar y me muero por contar lo que me sucedió hace unos días.

Los trozos de tronco serrado crepitaban dentro del hogar de mi casa, dispersando chispas sobre los oscuros ladrillos refractarios. Un rato antes me había sentado a leer, aprovechando la tarde lluviosa y fría que invitaba al ocio y la meditación.

En el ambiente caliente y tranquilo, una agradable modorra me llevó al adormecimiento, pero antes cerré el libro, lo coloqué entre mi cuerpo y el tapizado del sillón, y apoyando la cabeza en el respaldo de cuero comencé a dormitar. Sobre la mesita, quedó la taza de té a medio beber.

Unos minutos más tarde, golpearon a la puerta; con desgano me paré y caminé para abrirla. Frente a mí estaba mi amigo Emmanuel, cerrando el amplio paraguas negro, chorreante de agua. – Pasá viejo. ¿Qué

vientos, o mejor dicho, qué lluvias te traen en un día como éste?

- ¿Recordás a Ulises, ese que te presenté en una ocasión? Bueno, voy a visitarlo porque tuvo un accidente – contó Emmanuel.

Adiviné la intención de Emmanuel y dije tratando de evadirme de la visita - Pero, desde entonces transcurrieron años; incluso no recuerdo su cara, y supongo que él tampoco la mía.

- Esa es la cuestión. Dicen que el tipo está estropeado y me sería incómodo mantener un monólogo con él en esas condiciones, y vos sos la compañía que necesito. Sentémonos, conversemos un rato, y después de un tiempo prudencial, mirá el reloj y recordame que en pocos minutos tenemos una entrevista. De esa manera quedaremos bien con él y su esposa.

Media hora después, golpeábamos a la puerta de Ulises; él mismo nos recibió. Emmanuel lo saludó con unas palabras de cortesía, cediéndome el turno; estiré la mano hacia el dueño de casa y lo miré. Algo no encajaba: la cara de Ulises parecía una salchicha gigante, reventada por el hervor; la hinchazón la cubría totalmente, y hematomas negros bajo los ojos aumentaban su aspecto grotesco. Mi mano no llegó a su destino, porque lancé una carcajada. – Perdón, perdón – exclamé, pero la risa intermitente no me permitía dominar-

me.

Ulises, puso cara de pobrecito, como disculpándose por presentarse así, lo que me estimuló; ya no pude evitar las lágrimas en mis furiosas risotadas.

Sentados a la mesa, el accidentado contó los detalles. Había oscurecido; bajo una intensa lluvia regresaba en su coche, cuando un animal cruzó la ruta; para no chocar con él torció hacia un costado, provocando que el vehículo cayera dentro de la cuneta. El coche quedó en malas condiciones, y Ulises recibió golpes en varias partes del cuerpo. Renqueando llegó al centro del camino, y comenzó a agitar los brazos a los pocos vehículos que pasaban, pidiendo auxilio, pero en la oscuridad no parecía un ser humano, y nadie se atrevió a parar para ayudarlo.

Su relato lo acompañaba con gestos y expresiones que me devolvían deseos de reír. Emmanuel, disimulando su incomodidad, se levantó, se disculpó con el pretexto de que lo esperaban, y tras un breve saludo salió conmigo, que no lograba contenerme.

- Amigo, bien que me la has hecho; ahora tengo un buen pretexto para no volver a visitarlos – dijo Emmanuel, que ahora también estaba tentado por la risa.

No puedo escribir más; estoy llorando de la risa. Espero que al tipo se le haya deshinchado la cara.

Saludos a todos."

*

Transcurrieron varios años. No recuerdo la cara de Ulises, y prefiero que sea así, para no volver a esa risa contagiosa. Emmanuel ya no me pide que lo acompañe a consolar gente, y por precaución sólo se dedica a enviar tarjetas. Juá juá.

De Lidia no se habla, pero yo siento una gran pena cuando pienso en ella. Mi vida se convirtió en un erial; sólo mis obligaciones me impulsan y el entusiasmo de mi juventud por conocer, hoy es una simple rutina. Pero en un lugar de mi corazón hay esperanzas, y percibo que dentro de esta oscuridad, en un momento aparecerá la luz, que es ella.

*

"Hola primo: ¿Cómo andás? ¿Y tus callos? Hablando de callos, pasé frente a una zapatería y me gustó como estaba ordenada la vidriera. Entré y pedí ver los zapatos; descubrí que de cada modelo tenían un solo par. Después de buscar y revolver encontré algo a mi gusto – lo llevo – dije sin preguntar cual era el precio. El vendedor tomó la caja y se dispuso a empaquetarla - ¿cuánto tengo que pagar? – pregunté.

- Setenta y nueve pesos, último precio para usted – dijo con suficiencia.

Cartas que no envié

- ¿Por qué último precio si yo no pedí rebaja? – contesté preguntando. Intervino el dueño del negocio.

- El precio es ochenta y nueve pesos.

- Bueno – no me gustó el sistema; saqué la billetera para pagar. El vendedor me dio un recibo de Caja por ochenta pesos, último precio. – En un momento ustedes me dieron tres precios. Hasta luego. Voy a comprar en el negocio del frente – me fui.

¿Te das cuenta qué juego tonto utilizan para nada? Ofrecen rebajas sobre un precio que no está escrito en ningún lado, y luego cobran lo que sale al teclear en la caja registradora, diferente a lo que dijeron. Los que deben controlar los precios en los negocios no lo hacen, y todo anda como sabemos. Te la sigo en la próxima.

Chau. Nos escribimos."

*

"Querida hermana: tus cartas siempre me hacen bien, además de ponerme al tanto de todas las novedades. Lo que no logro entender es cómo en menos de un año se han ido tantos conocidos, por accidentes de tránsito. Algo no funciona en el sistema, porque no creo que todos sean descuidados e irresponsables.

En todas partes del mundo hay accidentes, pero nuestra

zona ha batido el récord. Alguien con iniciativa tiene que iniciar un movimiento que obligue a los responsables directos a hacer una revisión total de las leyes del tránsito, características y estados de los caminos y una buena educación vial, y por supuesto, obligarlos a realizar los cambios propuestos.

Por favor, cuidate en la ruta, y también cuidá a los demás.

Tu hermano que te quiere."

*

Cada vez que hay elecciones trato de estar en el país para votar, pero si no, me presento en los consulados para que certifiquen mi ausencia. En marzo del setenta y tres hubo elecciones nacionales; en un consulado recibí certificación de que no voté. A fines de mil novecientos ochenta y cuatro hubo una consulta para decidir el destino de las islas en disputa con Chile. Al ver el nombre de quien firmó en el año setenta y tres en mi Libreta de Enrolamiento, uno de los fiscales me preguntó - ¿sabe usted cuánto vale esa firma? – Ni idea – contesté.

- Pertenece a Gregorio Dupont, que fue asesinado en la época de la última dictadura – A mis sentidos volvieron las vivencias de esa época infernal. Casi como en una oración deseé que acontecimientos como esos no vuelvan.

En uno de mis viajes representando a la firma, llegué a Israel. Instalado en el hotel en Tel Aviv, me senté a la computadora para revisar el correo; las cosas buenas, suelen llegar en cadena. Éstas me prometían una magnífica estadía.

Un gran amigo me invitaba a la ceremonia de Bar Mitzva (*) de su nieto, a realizarse en pocos días en la ciudad vieja de Jerusalén, junto al Muro de los Lamentos. Ese es un lugar especial para los judíos y también para toda persona que respeta los lugares sagrados.

Terminadas todas mis gestiones, tomé unos días de descanso esperando la fecha de la celebración, pero decidí hacerlo en la ciudad eterna. Elegí viajar en un autobús; por ser mucho más alto que un coche particular, y es posible ver todo el tiempo desde él el paisaje que se presenta frente a la vista, y a los costados del camino.

En el primer tramo se viaja por una autopista de tránsito ligero. En las banquinas rodeadas por un alambrado que evita la entrada de animales, están plantadas buganvillas de todos los colores, malvas y retamas, acompañadas por toda clase de arbustos entremezclados, cuyas flores de variado colorido se presentan como paleta de pintor.

Tomando el camino a Jerusalén las colinas y los preci-

picios al lado de la ruta se turnan, como también las poblaciones y bosques. El paisaje varía hasta que se llega a la ciudad, moderna en su organización vial y tradicional en su edificación.

Escribí varias cartas comerciales y comencé una para un primo; las relacionadas con mi trabajo las entregué para ser despachadas, y continué escribiendo la otra a medida que tenía nuevos acontecimientos para relatar; cuando estuvo terminada, la guardé para enviarla por correo certificado. Hace unos días, varios años después de ese viaje, la encontré en el atado de cartas olvidadas. Estoy en un dilema; si enviársela por correo o por fax, o simplemente tomar el teléfono y leérsela.

*

"Querido primo: como ves, no me olvido de ti, y esta vez quiero que seas participante de todas mis vivencias. Aunque no estés aquí, tu fértil imaginación y sensibilidad te transportarán a estos lugares y a los momentos que viví en la ciudad. Muchos la llamaron "La Capital del Mundo", no con intención política, sino por lo que significa para las religiones monoteístas y también para los que no practican ninguna. En cada piedra hay miles de años de historia y es para creerlo; se sienten en la piel.

Además de que esto fue una maratón culinaria de varios días desde la mañana hasta la noche, cuyos detalles no te cuento para que no te dé apetito, fue una

fiesta para el espíritu.

Viajando en el autobús especial rodeamos la muralla de la ciudad vieja, construida con rocas de varias toneladas de peso cada una; en las veredas hay olivos milenarios, arrugados en su longevidad y al lado de ellos, recostados junto al muro, arbustos y plantas con flores.

Junto a una de las entradas había un grupo de músicos con instrumentos de tiempos bíblicos. Dos de ellos portaban enormes cuernos de ciervo cuyos sonidos son parecidos a los de los cornos de las orquestas clásicas; los otros llevaban varios tipos de tambores con sonidos de timbales en sus diferentes gamas y alturas. Todos iban vestidos con túnicas blancas.

Mientras los percusionistas tocaban ritmos orientales antiguos, los de las trompas emitían sonidos largos, elaborando acordes incompletos que producían un ambiente solemne y misterioso.

La gente caminaba detrás de ellos en dirección al muro del templo. Hubo varios niños que celebraban con sus respectivas familias; el grupo nuestro se dirigió a un lugar en que se agrupaban bloques de piedra de las ruinas; frente a ellos había escalinatas pequeñas; allí nos sentamos los invitados.

Todos los varones mayores de la familia rezaron y ben-

dijeron al niño y a sus padres, y luego él mismo leyó una página que escribió en agradecimiento.

Después del almuerzo festivo y del descanso, salimos a visitar una parte menos antigua de la ciudad, Construida fuera de las murallas en la segunda mitad del siglo diecinueve. En un área de casi siete hectáreas, en un tiempo se encontraba el consulado ruso y el centro de actividades culturales que hizo construir el zar Nicolás segundo en mil ochocientos sesenta.

Por detrás y a un costado se encuentra la iglesia etíope, que da servicios religiosos hoy en día. En esa parte de la ciudad abundan edificios que ocuparon en ese siglo instituciones otomanas y británicas.

Pasado mañana vuelvo a mis ocupaciones; te prometo continuar escribiendo, y te perdono que vos contestes muy de tanto en tanto.

Un abrazo."

(*) Celebración religiosa que se realiza cuando el niño cumple trece años.

*

"Hola che:

Todo bien, trabajando menos debido a la crisis; eso no es causa para que me molesten. Te voy a contar algo que ocurrió hace unos días.

Cartas que no envié

Estaba escribiendo un informe cuando sonó el teléfono. Una dama me pedía dos minutos de mi tiempo; imaginé cuales eran sus intenciones, pero se los concedí, aclarando que le daba sólo dos minutos. Contó una historia relacionada con la lotería y sus beneficios, y ofrecía un abono mensual a un precio no pequeño a mi entender; según como ella lo entendía era una ganga. No estuve dispuesto a tomar un abono, pero ella continuó con sus argumentos. No corté la conversación; sólo le advertí que lo haría, pero ella siguió en tono cada vez más fuerte, no dándome oportunidad para hablar.

Le pedí que terminara con sus tonterías, y ella tomó la posición de ofendida, esta vez con tono agresivo. Por fin la saludé atentamente y devolví el tubo a su lugar. No volvió a llamar.

Los que ponen a este tipo de personas para hablar con el público no entienden que ellas desacreditan a la institución, y estoy seguro que no aumentan las ventas.

La primavera está en lo mejor, todo florecido y la gente renovó el guardarropa; se ve en la calle. Me imagino que el otoño te tiene mal con los vientos y el molesto movimiento de hojas secas. Paciencia; la única solución es que vengas a visitarme. Como siempre, hay lugar para vos.

Un abrazo."

*

Extraño a Lidia. Con los años, en vez de olvidarla, la tengo siempre conmigo, y qué no daría por verla. Que me perdonen mis amigos; nadie puede ayudar a sacarme de mi soledad.

A eso se suma una situación incómoda que tengo con mi hermano mayor. Sólo conversar con él o escribirle una buena carta ayudaría a quitarme el complejo de culpa que me acompaña durante más de veinte años. Decidí escribirle, y creo que la llevaré conmigo cuando viaje.

*

"Querido hermano: la última vez que estuve allí fui a verte, pero no tuve un momento de intimidad para conversar contigo. Tengo necesidad de hablar para poner en claro cierta situación que me preocupa; en esa única forma podría entender la difícil relación existente entre nosotros dos.

No sé si vos apreciaste esa tirantez; me encuentro frente a algo sin solución y presiento que cierta confesión de mi parte podría liberarme.

En nuestra relación intuyo cierto rencor y que el fondo data de la niñez. Sueño mucho contigo; son situaciones violentas, a veces explosivas.

Cuando era niño yo disfrutaba molestándote y ofendiéndote, y a veces esos enfrentamientos terminaban a

los golpes. Es sabido que los hermanos menores gozan provocando esos conflictos, y hoy no me sorprende haber recibido el mismo trato de nuestro joven hermanito.

No creo que lo que ocurrió en la niñez haya tenido influencia tan negativa sobre nuestra relación como adultos, que en realidad fue muy buena. No pudiste advertirlo, pues el cambio ocurrió después que dejamos de vernos. Atribuyo mi sentimiento de rebeldía y rivalidad, como reacción a tu carácter protector y autoritario.

Pensé que una carta descargando mis inquietudes puede salvar lo perdido, de una vez y definitivamente. Quizá pueda salir de esta situación que regresa cada vez con más fuerza. El tiempo lo dirá.

La próxima vez te visitaré y te pondré unas flores. Es triste perder a un hermano; te fuiste muy temprano, y eso aumenta mi pena. Has dejado hijos magníficos; y ellos mismos han formado familias hermosas y cálidas como fue la tuya.

Tu hermano que te extraña."

*

No puedo decir que escribir esa carta solucionó mis problemas, pero sentí un cierto alivio. Durante mucho tiempo necesité un momento como ése, para limpiar

impurezas que el rencor deja en el alma.

Saqué un sobre al azar, y no por casualidad era una carta mía a dos de sus hijas; eran adolescentes en esa época.

*

"Queridas sobrinas: recibí las fotos y confieso que estoy orgulloso de ser tío de dos bellezas y tío abuelo del perro de ambas.

Mi perrita mimosa desapareció la noche de año nuevo; parece que se sintió mal y se fue al jardín, a descansar entre las flores. Mi vecino la encontró a la mañana siguiente. Les confieso que ella me falta; tenía por norma esperarme todos los días cuando yo volvía de trabajar.

¿Se acuerdan de Panda, la enorme perra blanca que perseguía gatos y mariposas? No la vi durante mucho tiempo; cambió tanto que no parece la misma. Está envejecida. Dicen que en los perros la edad se multiplica por siete, de manera que comparado a nosotros, la vejez llega pronto. Ya no espera a la gente para dar sus buenos días, y si lo hace, sus ladridos son suaves. Camina mirando el suelo, no con la expectación de antes en que todo la atraía.

Ahora es el momento de cuidarla mucho y aprovechar al máximo lo que le queda de vida. Para su suerte, sus

amos lo entienden así y se comportan muy bien con ella.

Quisiera que en las próximas vacaciones vengan a visitarme. Con sólo darme la aprobación, les enviaré los pasajes, y prometo que no se van a aburrir con el tío solterón.

Un gran beso para las dos y todo mi cariño."

*

"Hola Roberto: te escribo desde una comisaría. No, no soy oficial escribiente; estoy detenido por desorden y daños. No te preocupes; no necesito abogado. Según las circunstancias saldré limpio de toda acusación. Pero quiero sacarte la inquietud e ir al relato:

Estoy paseando por unos días en este lindo país, en que también se cuecen habas, como en el nuestro.

En las anchas veredas del centro de la ciudad hay mesas dispuestas para la atención al público; me senté y pedí una cerveza bien fresca acompañada por unos platicos para "picar". Iba por la mitad de mi cerveza, cuando llegó un señor anciano que caminaba a duras penas ayudado por su bastón. Dio un mal paso y casi se cayó; para recuperarse se sentó. No pidió nada para comer o beber, y el bruto que atendía no lo dejó permanecer sentado si no consumía algo.

Walter Luis Katz

La sangre me subió a la cabeza; me levanté, le pedí prestado el bastón y destrocé a palos lo que tenía en mi mesa. Un policía que estaba parado cerca de nosotros me detuvo. Antes de partir pagué mi consumición, los daños, y dejé una propina.

El oficial que me atendió dijo que él hubiera reaccionado como yo pero, no deja de ser un delito. Hoy tendré hotel gratis, mañana pagaré una pequeña multa y todo estará terminado. No me considerarán "persona non grata"; podré volver en el futuro y dejar mis buenos francos.

No te preocupes; no tengo futuro como escribiente de la policía.

Como siempre, te recuerdo que no te olvides de contestar mis cartas.

Un abrazo."

*

Quien dice que la vida es una constante rutina no tiene imaginación o, simplemente no observa lo que ocurre a su alrededor. En los dramas que suceden, cada uno puede ser actor sin tener un papel estelar; por lo menos puede ser un personaje pasivo que ve, observa y escucha. Todo queda grabado en los recuerdos, y sólo un pequeño estímulo sirve para traerlo al presente con riqueza de detalles, como si recién hubiera ocurrido.

*

"Hola Ignacio: me enteré de la ruptura entre Aldo y Susana. Sin ser experto en relaciones conyugales, pensé que eso podía ocurrir en cualquier momento. Si un matrimonio está basado sólo en intereses, y los sentimientos de amor y la atracción no es recíproca en la pareja, el desmoronamiento está supedito a cualquier pequeño suceso.

Un pajarito me susurró que todo aconteció por una conjura preparada por vos y Leandro. Esa actitud no es para elogiar, pero supongo que antes de decidir la táctica a seguir, probaron todo lo que podía ayudar. No en vano nadie la apreciaba, y el mote que le dieron al hijo de su primer matrimonio "Tarzanito, el hijo de la fiera", le caía como anillo al dedo.

Qué idea brillante y diabólica fue convertir a Leandro en el amante de Susana. No puedo adivinar con qué disfrutó más durante esos meses, si pensando en el éxito del plan, o compartiendo la cama con ella.

Ahora veo el cuadro casi completo; a Aldo liberado de alguien que no lo quiso bien y que lo presionaba constantemente, y su nueva actitud, más abierta en la relación con la gente. Por otro lado, me preocupa que perdió la amistad de un amigo de la infancia.

No soy profeta, pero creo que el tiempo hará lo mejor e inteligente para los que intervinieron en la trama; Aldo

Walter Luis Katz

reparará su vida y las relaciones entre los dos amigos volverán a ser como eran.

Pero hay un último detalle que queda entre vos y yo; el pícaro que queda exento de culpas sos vos, por ser solamente el cómplice intelectual. En fin, basta la salud.

Hasta la próxima carta, tenga o no chismes picantes."

*

"Hola Norberto: siempre te gustó experimentar cosas nuevas o extrañas para nosotros; por eso te voy a contar la experiencia de un amigo. Es un sistema antiguo en civilizaciones orientales, pero para los occidentales es una verdadera novedad.

Se anotó a un retiro espiritual de una semana, con hospedaje en un lugar cerrado, y comodidades mínimas que él comparó con la vida de un monje; también la comida era sencilla. No había camas; cada uno trajo una bolsa de dormir o una colchoneta y se acomodó en el rincón que pudo conseguir en la casa. Hubo una veintena de personas dispuesta a soportar hacinamiento y trato militar. Las llamadas telefónicas, las salidas y el contacto personal con el mundo exterior estaban prohibidos.

Los encuentros comenzaban muy temprano en la mañana, con pequeños intervalos para comer; las necesidades fisiológicas y aseo personal debían realizarlas en

Cartas que no envié

esos momentos o en horas de la noche. Era un sistema abierto; es decir, todos debían contar sus problemas en presencia de los demás participantes y los dos guías, personas con mucha preparación para tratamientos en ese sistema.

La forma de comunicarse de estos guías era grosera e irrespetuosa. No se permitía hablar entre los participantes; sólo en el foro cuando los guías lo autorizaban. Cada uno contó detalles importantes de su vida, acentuando los problemas de temperamento, identidad o comunicación que creía padecer. Los asesores analizaban esas informaciones y las presentaban en la forma más negativa posible, haciendo resaltar los niveles de culpa de cada uno.

Mi amigo contó que algunos tomaban esas acusaciones en forma terrible y lo demostraban en crisis nerviosas con llantos, estertores y problemas respiratorios; eso continuaba durante el día hasta la hora de ir a dormir. El descanso era el momento para elaborar reacciones que sirvieran para soportar el próximo día de torturas en la mente, el espíritu, y la personalidad del participante.

Recibir esa nueva situación como parte del temperamento fue difícil para todos, pero no existía otra opción. Mi amigo contó que se consideraba una persona no persona, un ser sin voluntad, un estropajo.

Walter Luis Katz

Al acercarse el fin de semana, los consejeros pidieron a todos que propusieran soluciones para salir de esas nuevas e indeseables personalidades. El debate fue general y abierto, analizándose cada caso. Se sorprendieron al descubrir que el proceso les hizo despertar una nueva aptitud; podían analizar imparcialmente las cosas con visión dirigida hacia un campo amplio, en todas las direcciones.

La despedida entre todos fue cordial y simpática, con muchas sonrisas y palabras de afecto.

Meses después de su tratamiento tuvimos un encuentro por asuntos de trabajo. Me confirmó los resultados; durante muchas semanas reforzó su estado anímico lentamente y sin interrupción. En el momento de nuestra reunión ya era un hombre nuevo.

Pero te comento que no vi en el sistema ningún detalle de espiritualidad; todo se hizo con frialdad, con el solo fin de fortalecer el carácter. De cosas espirituales no se habló, o por lo menos él no lo contó. A mi parecer falta eso, que es lo más importante de la persona.

Desde entonces se conocieron muchos métodos de ayuda y hoy son moda y fuentes de ingresos, pero ese no es tema interesante para mí; claro, seguramente lo es para los que viven de eso.

Prometo no perderme. Desde que me acostumbré a escribir cartas, tengo tiempo para mis amigos. Un abra-

zo."

*

Verme soltero y solo, preocupa a las esposas de mis amigos, y siempre tratan de hacerme "gancho" con alguna muchacha. Hasta ahora sobreviví frente a esos intentos, pero esta vez dieron en la tecla.

Me acorralaron en una charla y me contaron maravillas de una viudita llena de virtudes, e incluso me mostraron una foto de ella. Reconocí que era linda, un verdadero "bombón". Esta vez acepté convencido, y la verdad es que no podía rehusar semejante ofrecimiento traído en bandeja.

Pero siempre hay algo que cambia las cosas, llamémoslo destino o simple casualidad. Un sobrino de uno de los matrimonios oyó una de las conversaciones y puso veto. ¿Por qué la candidata no podía ser su propia madre?

La señora, desde años atrás estaba divorciada del marido que siempre la engañó. El chico y su hermano me apreciaban y al parecer, también su mamá. Pensaron que no había nada mejor que provocar el encuentro.

Yo conocía a los jovencitos, ambos muy correctos; por eso acepté la proposición. Dos días después recibí una invitación a una fiesta familiar. En la reunión estaba "quien y quien" de la sociedad. Me di cuenta que la

Walter Luis Katz

conspiración era general, porque me recibieron con un interés especial.

Los dos muchachos y sus tías se las arreglaron para entretener a todo el que se acercaba, dejándome en intimidad con la señora. Nos trajeron una bebida y algunos bocadillos y nos dejaron solos, conversando.

La plática fue dirigida por ella, quien abordó temas que dominaba, desde recetas de cocinas, decoración de interiores, terminando con informaciones sociales de su círculo de amistades. Cada tanto yo miraba el enorme reloj de péndulo que estaba frente a mí; nunca vi agujas que corrieran tan lentamente. En cierto momento se levantó y propuso traer algo más para beber; yo me disculpé argumentando que debía irme; era algo sin fundamento, que no convencía. La saludé con cortesía pero secamente; quedó mirándome con la boca abierta. Salí sin mirar a los costados.

En la calle respiré y recibí en mis pensamientos a Lidia, la única que tiene lugar en mi corazón.

*

"Querido Roberto:

No sé si te diste cuenta que a vos te cuento episodios picantes, por lo general relacionados con el comercio. No sos un gran comerciante, pero cara de eso tenés, y también objetividad en tus juicios. Entonces, date cuenta.

Esta mañana no hubo mercado, linda ocasión para caminar por el centro de la ciudad. Como la temperatura estaba agradable le di trabajo a las paralelas y sin darme cuenta llegué caminando a una casa municipal de empeños donde se puede llevar cualquier cosa; la garantía es que no hay trampas como podría haberlas en una simple casa de compra-venta, pero si el cliente se atrasa en ir a recuperar sus bienes, éstos se rematan. En ese momento las posibilidades son una en decenas; eso lo vas a entender después que cuente mi experiencia de hoy.

Entré con la intención de comprar algún objeto de adorno para hacer un regalo, de buena calidad y a buen precio. Te aseguro que es necesario tener experiencia y mucha viveza para seguir el ritmo del martillero y la gente que oferta. En realidad es un juego dentro de una sociedad selecta, una especie de mafia; todos se conocen pues son profesionales habituales en ese lugar, rápidos y calculadores. Se comunican entre ellos con la mirada y algunos gestos; el rematador los conoce por sus apodos y mantiene un interesante monólogo-diálogo con todos, y valga la acepción que utilicé.

Los pobres compradores particulares quedan con la boca abierta sin poder participar en el juego. Al final, yo y los esporádicos clientes nos fuimos con las manos vacías, pero contentos por haber visto un espectáculo especial en su género, sin pagar entradas. No sé si unos

actores con muchos ensayos lo hubieron hecho como ellos.

Analizando lo que aconteció en esa hora y media, recordé un remate realizado en mi pueblo hace muchos años. Algo tan atractivo no vi en esas actividades; no tenía parecido a los remates tradicionales, en que se venden sólo casas o terrenos. En un galpón enorme estaban dispersados sin pretensión de orden muebles baratos, utensilios para la casa, herramientas, juguetes y algunas bicicletas. Todo era muy, pero muy usado.

En la entrada del local, en primer plano, estaba expuesto un violín en su estuche; le faltaba una cuerda y el lustre que una vez tuvo, "brillaba" por su ausencia. Un letrero "No tocar" lo protegía de profanadores de nobles instrumentos.

Muchos preguntaron cual era la base para comenzar a ofertar por él, y el martillero contestó que lo reservaba para el final, y de todas maneras él mismo iba a decidir si el interés del público justificaba la venta.

Como alguien que conoce instrumentos, me acerqué y observé los detalles; en mi opinión era un simple violín de estudio, adecuado para un principiante.

Hubo buena dinámica. Los muebles se vendieron inmediatamente, también las herramientas y las bicicletas. Sólo quedaban los juguetes y el instrumento de

Cartas que no envié

Paganini. Entre varios padres compraron los juguetes en un solo lote, concertando para más tarde un pequeño sorteo entre ellos.

El exitoso remate estaba terminado; el hombre cerró el portafolio con el dinero y llamó a los que aún no habían retirado sus compras. Yo aparté un atril de madera maciza. Lo utilicé durante muchos años hasta que se desarmó.

Un amigo del vendedor le preguntó por qué no sacó el violín a la venta. Éste le contestó con desfachatez que lo utilizaba para atraer a los compradores; en realidad era un recuerdo de familia de alguien que se lo prestaba para los remates.

Yo le pregunté si tenía una mandolina para rematar, y él dijo que dejó de tocar, y que hacía tiempo que "colgó la mandolina".

Creeme que el mundo está "loco de remate".
Hasta siempre."

*

"Querida hermana:

Pasaron varias semanas desde que recibí tu carta y las fotos de las nenas; bueno, de las jóvenes. Están lindas; veo que tienen algo de cada uno de la familia. Tardé un poco en contestarte, y como tengo tema para hacerlo, me siento a escribir.

¿Te acordás que hace años te conté de un atentado terrorista en Israel? Eso se vio en todas las estaciones de televisión de Europa.

Era una semana de festividades que coincidía con Carnaval; en las ciudades los cafés y confiterías estaban llenos desde la mañana, así como los negocios. Durante tres días no había clases y los chicos aprovechaban para divertirse en los centros de diversión.

En los años anteriores al acuerdo de Oslo y también después, hubo en los caminos ataques armados contra civiles, y atentados de suicidas y coches bombas. Uno de los más graves fue frente a Dizingof Center en Tel Aviv; dentro de las instalaciones miles de niños disfrutaban en las casas de comidas, en espectáculos con payasos y juegos.

El cuatro de marzo de mil novecientos noventa y seis, un poco antes de las cuatro de la tarde, decenas de niños esperaban en las veredas para cruzar; al abrirse el semáforo caminaron por el paso de peatones, y en el medio de la avenida un terrorista que vestía un chaleco con explosivos se hizo explotar. Hubo once muertos y decenas de heridos.

Un año después, a contados metros de la misma arteria, en el otro extremo, la gente celebraba la misma festividad; una joven madre estaba sentada con dos amigas en una conocida confitería; a su lado estaba su bebida

Cartas que no envié

de seis meses de edad. El ambiente era agradable y festivo.

De pronto, entró una persona con un bolso de mano cargado de explosivos y se hizo estallar. Las tres amigas murieron en el atentado. Cuando movieron los cadáveres, descubrieron que uno de ellos cubría a la bebita, que sólo recibió heridas leves. El último movimiento de esa madre fue para proteger a su hija.

Alguien levanto la criatura en brazos y se la entregó a una mujer policía, que comenzó a pedir ayuda con desesperación. Un fotógrafo las fijó en una foto hoy muy conocida y que representa ese trágico evento.

Hace unos días, en esa misma esquina, la policía y la niña de once años tuvieron un encuentro. También estuvo el fotógrafo, que esta vez les tomó una nueva foto juntas. Eso lo vimos por televisión. Era emocionante ver el cariño y calidez que las dos demostraban.

Por las investigaciones posteriores se pudo comprobar con documentos auténticos que Iaser Arafat, bajo el disfraz de gestor de paz continuó con su política de terror, estimulando los atentados, dando ayuda directa a los familiares de los suicidas, con gratificaciones en dinero, saboteando de ese modo las negociaciones

Atentados de ese tipo en autobuses, centros comerciales, terminales y lugares con concentración de perso-

Walter Luis Katz

nas, cobraron setecientas veinte vidas, justo en momentos de negociaciones.

Los países comprometidos para el desarrollo de los territorios palestinos colaboraron con miles de millones de dólares; como único administrador de los fondos, Arafat los usó para su beneficio personal, sin invertirlos ni destinarlos a proyectos sociales, defraudando al pueblo que lo seguía ciegamente.

Creo que me pasé con noticias tristes; espero que mi próxima carta tenga un contenido más agradable.

Mis cariños y besos, hermanita."

*

Decidí no despachar la carta. ¿Para qué causarle a mi hermana un momento triste? Le alcanza con enterarse de lo que ocurre a diario en el mundo. Voy a escribirle otra, diferente.

*

"Hola Roberto:

Lamento no haberme encontrado con vos en mi penúltimo viaje, y si hubiéramos estado juntos en esos momentos, quizás me hubieras salvado de un suceso tragicómico.

Me ocurrieron hechos en que se mezclan la verdad y la fantasía. Estaba tomando mi desayuno, cuando sonó el

teléfono; supuse que traía buenas noticias.

Un señor con el que tenía contacto desde hacía tiempo me proponía un negocio sencillo con buena comisión. Debía encontrarme con él para arreglar los pormenores en un estacionamiento público libre de pago. Con parsimonia terminé mi suculento desayuno disfrutando cada bocado, y me dispuse a viajar al lugar de la cita en mi coche alquilado.

Llegué al parque de estacionamiento; entré por una de las calles laterales, cuando vi el pequeño cartel “No hay entrada “; quise volver pero ya era tarde. Asustado enfilé hacia la primera callejuela, y descubrí que tampoco había entrada. Con atención y cautela me dirigí hacia el interior, mas no había sitio disponible; me acomodé en un costado con el motor en marcha para moverme en caso de peligro, pero los dos uniformados ya estaban a mi lado.

Como en todo procedimiento, me pidieron el registro de conductor. Comencé a sacar papeles y objetos de todos los bolsillos, y no lo encontré. Yo estaba temblando desde el momento en que llegué al parque; el más desenvuelto de los policías me dijo sonriendo que no tenía que preocuparme.

No me hacían el reporte por falta de licencia, el hecho de estar en lugar prohibido, y las dos entradas en contramano. Me cobraban en efectivo; ofrecí una suma de dinero, pero el policía objetó mis cálculos incorrectos, ante la realidad de que eran dos para repartir, y me propuso en

cambio una módica comisión. No logré completar el pago de la “módica” comisión, pues se me terminó el dinero. En acto de solidaridad, me perdonaron la pequeña suma que faltaba.

El operativo estaba terminado, cuando recibí una llamada en el teléfono celular, en que mi contacto me comunicaba que se había anulado la venta. De todos modos me proponía no interrumpir las relaciones.

Busqué en el piso del coche y de pronto vi mi foto en el registro de conductor que estaba caído.

Esto ocurrió hace tres meses. Ayer recibí un sobre certificado con varias boletas; dos entradas a contramano, mal estacionamiento y falta de documentos. Por supuesto, debo pagar la multa o presentarme a un juicio. Me conviene terminar con el asunto, así que ya di orden para que paguen.

De algo estoy seguro: por mi poca concentración y demasiada candidez, me he consagrado como “Rey de los Idiotas”. Chau.

*

"Hola Eduardo: transcurrieron treinta años desde que vine a trabajar a Europa. No te lo conté en esa oportunidad, pero sí a Sebastián; en realidad él no conocía mis historias, recordá también que él era casi veinte años menor que yo.

Cartas que no envié

Un mes antes de salir al extranjero conseguí la dirección de Lidia y le escribí un extensa carta, cuyos detalles no necesito exponer ahora. Resumiendo, se trataba de una declaración de amor y proposiciones. Le aclaré que restaba sólo un mes para recibir su contestación afirmativa, y viajar. No contestó. Quedé como en el chiste, solterito y sin apuro.

¿Te acordás que una vez dije que no iban a pasar cuarenta años hasta que la conquistara? Bueno, pasaron.

Mi vida transcurrió atendiendo los intereses de otros; me fue bien y no me quejo pero tengo un gran vacío en el alma. A pesar de mi resignación, la extraño. No sé qué fue de ella, que es un lindo recuerdo para mí.

Voy ahora directo al correo y despacho esta carta "certificada con aviso de retorno", para que no se pierda como muchas otras.

Chau. Un abrazo.

*

Ese día me sentí mal; llamé a la oficina diciendo que me quedaba a descansar y que evitaran llamadas.

Comencé a repasar los sucesos de treinta años atrás; llegué a la conclusión de que me apresuré a juzgar a Lidia por su falta de respuesta. Tal vez le costó darme un "no", o simplemente me aceptó mandando una carta simple y como solía suceder, se perdió entre muchas otras. En mis pensamientos le deseaba lo mejor.

*

Un mes después de mi carta a Eduardo, me contestó con un fax.

"Hola che: te tengo noticias frescas, de primera mano. Ubiqué a Lidia. Vive en Santa Fe; está grande como nosotros, con hijos y nietos, pero sin marido; su vida con él no fue un jardín de rosas. Se separaron cuando los hijos eran aún pequeños. Él falleció hace años y ella sigue sola.

Pero aquí va lo mejor: dice que te mandó una extensa carta donde te daba un "sí" "así de grande", y que aún está válido si lo aceptás. Che, don distraído: buscá en tu archivo; en una de esas la encontrás.

Abrazos. Teneme al tanto."

*

El mensaje de Eduardo me enfermó. Me sentí viejo y gastado; no tenía fuerzas para emociones. Decidí esperar y acostumbrarme a la idea de reencontrarme con Lidia.

Desde que encontré los atados de cartas los llevo conmigo y en los momentos de nostalgias abro una. Esta vez busqué la que ella dijo que escribió; tal vez existía aún y estaba al alcance de mis manos.

La encontré; el sobre estaba cerrado; lo miré y me sentí desmayar, con miedo de tocarlo. Por fin respiré hondo

Cartas que no envié

y, temblando comencé a leer. Lo que sigue son algunos párrafos.

*

"Querido: muchos años esperé algo así, tu declaración de amor. Siempre estabas alejado, sin mirarme, como esquivándome, creí que no te interesaba. Sufría, pero no tenía coraje para insinuarte algo; además no era norma entre las chicas.

¿Casarse a los treinta años es malo? Somos jóvenes y tenemos mucho tiempo para ser felices. Espero tus noticias para concretar detalles. Mientras, preparo mi ajuar. Todo mi amor. Lidia.

*

Me sentí mal; media hora más tarde, la ambulancia me dejaba en un hospital de Ámsterdam. Estuve diez días en terapia intensiva. Al salir me entregaron una carta con la información de mi estado de salud y la medicación.

Había tenido un infarto; pronosticaban mejoría con ayuda de los medicamentos y descanso. Decidí reducir las revoluciones de la máquina. Mandé un EMail a Eduardo pidiéndole que me conectara con Lidia; cuando tuve su dirección electrónica le escribí en forma resumida lo que ocurrió en esos treinta años, pidiendo perdón por no abrir su carta, y más aún por pensar que me había rechazado.

Walter Luis Katz

No recibí respuesta. Creí que mi batalla estaba perdida. Una semana más tarde escuché que la persona que me atendía en mi casa conversaba con una mujer; me advirtió – señor, hay alguien que quiere verlo. Esté tranquilo; tome una pastillita antes.

Me di cuenta de lo que sucedía; para calmarme respiré hondo varias veces y dije en voz alta – Lidia, estoy preparado para recibirte y no dejarte ir. Entró y se paró frente a mí sonriente. Era la misma que amé durante cuarenta años. Me puse de pie con facilidad, como si no estuviera en proceso de convalecencia.

Esta vez el destino lo construiremos entre los dos; es cierto que ya está escrito, pero está supeditado a nuestra voluntad.

* * *



DEL MISMO AUTOR EDITADO EN LULU COM.

- ID 2219752 Alma y Espíritu - Novelas cortas
- ID 2240903 Teatro Breve
- ID 2255553 Verde era también mi valle – Relatos
- ID 2416044 Cuentos de aquí... y allá - Cuentos
- ID 2196033 El Secreto de Lucien - Novela
- ID 2212602 La casa de las retamas - Novela
- ID 1950387 Historia con relojes - Novela
- ID 2225144 Después del paseo - Novela
- ID 2204171 Mil Noches - Novela
- ID 2397545 Contacto de Energía Vital – Manual
- ID 2600303 Valenti
- ID 3562924 Cuentos reservados